

Nacida en El Saler el 12 de abril de 1940
Hija de Blay “*Mitjaorella*” y de Amparo “*la Bonica*”
Tiene un hijo y una hija
Ama de casa y bordadora

Inés es una persona enamorada de El Saler, el pueblo en el que nació. Luego estuvo muchos años viviendo en Valencia pero siempre quiso volver al lugar donde había pasado su niñez y se había criado.

Me contó, con detalle, cómo se vivía en la barraca de su familia y lo que sucedió cuando el pueblo se modernizó y se derribaron las barracas. Les prometieron muchas cosas que nunca se cumplieron.

Como hija de padre pescador recuerda con detalle lo difícil que era la vida en aquella época y las dificultades que pasaban. Su padre salía a pescar por la Albufera y los fines de semana trabajaba de camarero en los restaurantes de la playa.

Inés Soler Torrentí



Entrevista en vídeo





La mayor parte de gente que vive en El Saler o que ha vivido estas últimas décadas, son todos descendientes de personas que vinieron a vivir al pueblo hace sesenta o setenta años desde El Palmar y que, muchos de ellos, siguen manteniendo lazos familiares allí.

Según me han contado, el origen de toda esta pequeña migración, son las familias que vinieron a ocupar casetas de cazadores o que trabajaban en el mundo de la caza en los puestos que se sorteaban o que se adjudicaban desde la *Casa de la Demaná*.

El pueblo nunca fue más grande de lo que es en estos momentos pero sí que antiguamente estaba compuesto de barracas. Estas desaparecieron a principios de los años setenta por acuerdos de venta y de cambios de obra que en la mayor parte de los casos nunca llegaron a producirse como en el caso de la barraca de la familia de Inés que fue vendida y nunca fue construido el bloque de edificios donde les habían prometido una casa.

En estos momentos el pueblo de El Saler pelea por salir del cerco que le crea la autopista y que lo separó a finales de esa misma década de su propio puerto y de la conexión natural que siempre tuvo con el lago.

Inés me explicó cómo se vivía en la barraca de su familia y cómo era la vida en el pueblo. Ella estuvo viviendo unos años con su marido en Valencia regentando un pequeño negocio pero siempre quiso volver a vivir al pueblo donde había nacido, cosa que hizo y allí vive sola desde que enviudó.

La vida en la barraca era muy humilde. La de su familia estaba hecha de cañas y de fango, era muy fría en invierno y recuerda que pasaban mucho frío.

Tenían una chimenea en la que hacían fuego en el suelo y allí cocinaban. Se encendía el fuego en invierno y te calentabas mucho por delante y te enfriabas mucho por detrás.

En la barraca vivía su abuela, su tío, sus padres y sus hermanas. Tanto sus padres, como ella y sus dos hermanas, se acostaban en el mismo cuarto, los padres en una cama propia y las tres hermanas en otra.

Ya cuando las tres hermanas se habían hecho un poco más mayores, su padre les hizo un cuarto para ellas solas en el corral, en la parte trasera de la barraca.

La barraca no tenía váter y cuando tenías una urgencia tenías que salir corriendo al corral. Allí también había gallinas. Tenían un pozo donde se lavaban y utilizaban esa misma agua para fregar.

Les faltaban muchas cosas pero no las echaban de menos, ya que era lo que habían vivido. Su padre iba a pescar a la Albufera, pescaba sobre todo anguilas. Tenía varias redes de calar y repartía lo que pescaba entre varias mujeres que luego iban a vender esas anguilas al Grao de Valencia.

Su madre, de quien guarda un muy buen recuerdo, y cuando me habló de ella la llamó *pobrecita*, tenía un balde grande en el corral ya que lavaba ropa para otras personas con el fin de ganar algo de dinero extra y poder llegar a fin de mes, ya que eran una familia muy humilde que vivía día a día.

Ponía la ropa en agua con cenizas y más cosas para poder lavarla y su padre iba a trabajar de camarero, después de pescar, en los restaurantes que había en la playa. Ella se quedó pensando mientras me contaba todo aquello y me dijo, *fam, fam, no pasarem pero necessitat de algunes coses si*, tratando de explicarme que hambre no pasaron pero necesidad de algunas cosas sí.

Fruta no tenían normalmente. Su madre cocinaba anguila frita, *rabosas* o *rabosetas*, que era un pescado pequeño que se pescaba en las acequias de la Albufera y tortillas de gambas pequeñas. Recordaba con cariño que su madre les hacía tortillas.

Su madre cocinaba con un huevo una tortilla para todos, freía una sartén de patatas fritas y se las ponía en un bocadillo que, como ella me dijo, *estava de lo mes bo*.

Nunca salían del pueblo, y mucho menos cuando eran chiquillos. Tiene Inés el recuerdo de que el maestro de la escuela les organizaba cada año una excursión que les llevaba a los Jardines de Viveros en Valencia y ahora, ya siendo mayor, cuando ha ido con las excursiones de los jubilados, recuerda que ella iba de pequeña con el colegio y era la única salida que hacían al año.

Las costumbres que tenían en el pueblo de El Saler eran muy normales y típicas de aquella época. Se iban a pasear a la playa al borde del mar, hacían cenas a la fresca y las fiestas de Pascua las vivían como ninguna, las disfrutaban mucho, jugaban a *la tarara*, saltaban y hacían alpargatas.

Cuando las niñas ya eran adultas o empezaban a estar en edad de poder casarse, las madres les obligaban a que hicieran o compraran la dote y poco a poco se iban comprando sábanas, manteles, cubres, etc...

Algo que tiene grabado en la mente son los años en los que vivieron en esa casa en la que el tejado era de caña y tenía goteras. en ese momento su madre, para que no se encharcara todo, ponía un platito en cada gotera para acopiar esa agua. Me dijo que eso se le había quedado muy grabado.

La barraca de su familia, en la que vivían todos juntos, duró hasta el año 1962. Era del abuelo “*Mitjaorella*”, que era el barquero que llevaba uno de los dos servicios ordinarios de barca que cruzaban el lago a diario, hacía el trayecto desde el pueblo de El Palmar, hasta El Saler y desde allí a Pinedo para llegar a Valencia.

Era propiedad de los ocho hermanos y comenzaron a hacer casas nuevas en El Saler. En ese momento se vendió a un particular que les prometió el oro y el moro para luego engañarlos y no darles todo aquello que les había prometido. Cuando le pedí que me lo contara con más detalles, ya que tenía mucho interés en conocer toda la historia de lo que había pasado, me contestó con un rotundo *¡No!*, así que decidí no insistirle mucho más.

Les prometieron que donde estaba la barraca iban a hacer un edificio en el que habría varias casas y que les venderían una a buen precio pero el edificio no lo llegaron a hacer nunca y no tuvieron la oportunidad de comprar.

Cuando ya se casó, se mudó a San Marcelino, uno de los barrios de las afueras de Valencia donde tuvo una mercería durante muchos años, allí vivió feliz con su marido. Pero siempre estuvo en su mente la idea de volver a vivir a El Saler y, al final, cuando se jubilaron, volvieron a vivir a la casa de sus padres.

Quiso ponerme un ejemplo de cómo ha sido su vida y de la forma en la que se vivía en aquella época. Tuvo mucho interés en contarme que el primer cuarto de baño lo tuvieron cuando compraron la casa en la que viven ahora, que antes no lo había tenido y, ante una urgencia, o tenías que salir al corral o a un baño común.

Las comodidades, como en la mayor parte de las historias que me han contado, fueron muy pocas. En algunos casos ni tenían cosas tan primarias como el agua potable. Ella se acuerda de que venía una cuba desde Valencia que traía agua buena ya que la que salía por el pozo no era agua salada, más bien era agua *salobrenca*. Con ella no se podía ni lavar, ni guisar ni nada ya que si la utilizabas para la ducha te dejaba la piel muy áspera.

Mientras me lo explicaba me puso una cara de que aquello no tenía que ser demasiado agradable.

Me hizo una reflexión que me llamó la atención y es que me dijo que los chicos de ahora no aceptarían el tipo de vida que ellos han llevado siempre, que ellos en sus vidas han ido de menos a más, que han ido mejorando su situación con el paso de los años pero ahora, la gente joven si tuviera que ir de más a menos no lo podría soportar y se rebelarían.

Cuando le pregunté si le gustaba salir del pueblo y viajar me contestó, de nuevo, con una respuesta bastante rotunda, que no, que ella prefiere quedarse en El Saler, que prefiere quedarse en casa y después de la muerte de su marido aún más.

No tuvo ganas de contarme más cosas. Estaba aquel día un poco triste y bastante melancólica. La entrevista la terminó con un comentario que no me dejó indiferente, más bien triste, y fue *i ja, a esperar que me muiga i me lleven allí en companyia d'ell, del meu home*. Con un sentimiento de tristeza intentó decirme que ya no le queda mucho más por hacer que lo único que espera ya es morirse y que la lleven al lugar donde esta enterrado su marido, ya que su muerte le dejó un profundo vacío personal. ☒

Inés en su casa de El Saler con su máquina de coser ►

